

anticristiana y librepensadora se levanta de todos los puntos del horizonte para rechazar nuestros Libros Santos, para combatirlos rudamente, ahora con las armas del ridículo, ahora con argumentos más ó menos especiosos, tomados generalmente de las ciencias físicas y naturales. Pero el procedimiento más frecuente, á la vez que el más peligroso—al menos con relación á la generalidad de las gentes que leen,—de que suelen echar mano los representantes de la crítica racionalista y librepensadora, es rebatir y condenar en nombre de la ciencia antiguas interpretaciones de algunos textos bíblicos, hoy olvidadas y abandonadas, ciertas opiniones particulares de éste ó aquel comentarista, presentando esas opiniones é interpretaciones como otras tantas enseñanzas de la Iglesia, insinuando como de paso y dando á entender que ésta impone á los fieles la obligación de admitirlas, creerlas y defenderlas. Deber es, por lo tanto, y deber preferente del exégeta y del apologista católico en la actualidad, desvanecer esas equivocaciones, voluntarias ó involuntarias, rectificar semejantes ideas y apreciaciones, estableciendo oportuna separación y distinción entre la verdad dogmática contenida en el texto bíblico, entre la interpretación auténtica del mismo por la Iglesia, y la opinión más ó menos probable, la interpretación más ó menos autorizada y aceptable del texto aludido, expuesta y defendida por tal ó cual exégeta, siquiera se trate de alguno de los Padres y doctores más caracterizados de la Iglesia.

»Ni basta esto tampoco en las presentes condiciones de la controversia cristiana; es preciso demostrar á seguida que, entre la interpretación auténtica y dogmática del texto y las afirmaciones comprobadas de la ciencia, no existe contradicción alguna. A quien no acepte

este procedimiento, á quien quiera que no adopte y aplique este, que pudiéramos llamar, método exegético científico, no le será hoy posible, ni atraer á la doctrina católica al hombre que de buena fe se levanta contra ella en nombre de la ciencia, ni tampoco disipar las dudas, vacilaciones y ansiedades que las objeciones científicas, presentadas por el librepensamiento, producen en el espíritu de ciertos católicos, pero principalmente en el de aquellos que tropiezan con semejantes argumentos y objeciones contra la Biblia en academias, ateneos, revistas, periódicos, folletos de propaganda y demás elementos ó medios de cultura literaria general, pero no sólida ni cristiana, que hoy abundan».

§ IV.—Alianza entre las ciencias filosóficas y las biológicas.—Funestas consecuencias del exclusivismo científico: modo de precaverlas: observaciones.

Una de las principales causas de los abusos de las ciencias naturales es el exclusivismo de naturalistas y filósofos.

Bien sabida es, en efecto, la profunda aversión y menosprecio con que los hombres de ciencia suelen mirar la Metafísica, sólo por no conocerla; que, de no ser así, no despreciaran ciencia tan digna de estudio, ya por su intrínseca nobleza, ya por el vigor que á todas las ideas comunica, ya por la benéfica influencia que puede ejercer en todas las otras ciencias.

Por ignorar la Metafísica, y con ella las leyes fundamentales del discurso, se jactan de ocuparse sólo en

las ciencias experimentales, como si no fuese cierto lo que dijo Claudio Bernard, «que no podemos hablar sino metafísicamente» (1). Tan verdad es esto, que ellos mismos, á pesar de sus alardes antimetafísicos, no pueden vivir sin metafísica (2). Y aquí está el mal. Si ellos se atuviesen á sus propios métodos, los buenos filósofos, lejos de censurarlos, los escucharían con respeto y hasta con admiración, sabiendo cuánto importa tener en cuenta los resultados legítimos de la observación y la experiencia; pero sucede muy de ordinario que, olvidándose de sus propios métodos é invadiendo el campo ajeno, se convierten de sagaces experimentadores en filósofos improvisados (3). Entonces es cuando los naturalistas

(1) *Phénomènes de la vie*, t. I, p. 291.

(2) «La palabra filosofía, escribe D. Cochin (*L'Evolution et la vie*, p. 77), no será jamás borrada de las lenguas humanas; y mientras haya hombres, se hallarán espíritus más preocupados de su origen, de sus últimos fines, de su razón de ser en el universo, que de todos estos entretenimientos y pasatiempos que se llaman industria, comercio, política.»

«Se encuentra uno bien pronto metafísico, reconoce Roberty (*Agnosticism*, pág. 67), porque jamás se deja completamente de serlo.»

(3) Vienen aquí muy á propósito estas astutas frases del misántropo Schopenhauer.

«Es necesario que los caballeros de la retorta se convenzan de una cosa, y es que, si la Química por sí sola puede hacer un boticario, no basta para hacer un filósofo. Y es igualmente necesario hacer comprender á ciertos naturalistas a fines, que se puede ser *zoólogo* consumado, tener exacto conocimiento de las sesenta especies de monos, y sin embargo, si no se ha aprendido otra cosa, no ser más que un ignorante y un hombre vulgar, cosa que acontece con mucha frecuencia hoy día. Se ve á muchos que pretenden pasar por lumbreras del mundo, que han estudiado y saben Química, Física, Mineralogía, Zoología, Fisiología, pero nada más; comparan con estas ciencias lo único que saben fuera de ellas, es decir, lo que les queda de las lecciones de catecismo que aprendieron en su juventud, y si hallan algún descuerdo, se ponen á mofarse de la religión y se convierten en insulsos y vulgares materialistas. Tal vez oyeron decir, en los bancos de la escuela, que han existido Platón, Aristóteles y Leibnitz; pero estos hombres no manejaban la retorta ni el alambique, ni sabían un ápice de disecar monos... por consiguiente, eran unos ignorantes que tenían aún mucho que aprender para poderse medir con ellos.»—Schopenhauer, *Sobre la voluntad en la Naturaleza*, 2.^a ed., pról.

incurren en muchísimas exageraciones, y tales que á primera vista las pudiera notar un principiante de lógica, todo por su empeño de generalizar ciertos hechos aislados y extender las consecuencias más de lo que consienten las premisas. Y es lo extraño que, al torturar así la lógica, lo hacen casi siempre invocándola (que es, entre paréntesis, invocar una ciencia especulativa) y diciendo: «es preciso ser lógicos, no detenerse en la mitad del camino y llevar las consecuencias hasta el *extremo*», cuando este extremo es forzarlas. Y, lo que es sobremanera lamentable, á cada paso plantean y tratan de resolver los grandes problemas relativos á las causas primeras, partiendo de experiencias más ó menos incompletas, cuando es cierto que esos problemas están del todo por encima de la ciencia experimental (1). Los males que se siguen de esta intrusión de los naturalistas en las ciencias metafísicas no se pueden enumerar en breve espacio; hartó más fácil sería indicar el remedio, si los naturalistas lo quisiesen de veras aplicar.

Estos males no podrán ciertamente remediarse si no es renovando la afición á la sana filosofía, representada por el Angel de las Escuelas, siguiendo para eso los sabios consejos del Pontífice León XIII, en su encíclica *Aeterni Patris* (2). Mas para renovar esos estudios

(1) V. Duilhé, *Apología*, cap. III; Vigil, *loc. cit.*, p. 20 y sig.; Claudio Bernard, *La Science expérimentale*, París 1890, p. 84 y sig.

También son muy dignas de consideración las confesiones que á nuestro propósito hacen: Littré, *La Science au point de vue philos.* 1873, p. 332; Berthelot, *La Science idéale et la Science positive*; Laugel, *Science et Philos.*; Du Bois-Reymond, *Les limites infranchissables des sciences expériment.*, etc.

(2) «Una de las principales causas del agnosticismo, ahora tan en boga, dice con razón el P. Zahm, es la deplorable ignorancia de los principios fundamentales de la verdadera filosofía y de la teología... El único dique que podría oponerse á esta inundación, el único antidoto contra el agnosticismo y el ateísmo preponderantes es la filosofía escolástica, que los pensadores contemporáneos

no se ha de proceder con violencia, ni menos tratando de contrarrestar el movimiento científico.

Querer hacer revivir el espíritu de Santo Tomás en la solución de las grandes cuestiones que se agitan en nuestros días, y ponerlo en pugna con ellas, sería el colmo de lo absurdo. Aplicarles ese espíritu, imprimirles las tendencias elevadas del Angélico Doctor, resolviéndolas como él las resolvería, si viviera en nuestros tiempos, si dispusiera de los numerosos y preciosísimos datos recientes que hoy se tienen á la mano, eso, es lo que la razón y la prudencia dictan al fiel y verdadero tomista, que reconoce en el Angel de Aquino, no ya al gran Doctor del siglo XIII, sino al Doctor incomparable de todos los siglos.

Resistir de frente á las declaradas tendencias científicas, querer violentar las naturales expansiones ó evoluciones de la razón humana, es pretender lo imposible, es querer que un río corra hacia atrás. Modificar esas tendencias, imprimiéndoles un rumbo racional y católico, precaviéndolas de los vaivenes, de todo lo que pudiesen tener de aventuradas, y señalándoles un norte seguro que las guíe en los tan atrevidos cuanto nuevos caminos y los libre de los lamentables escollos en que darían si se dejaran llevar de todo viento; eso es lo que deben procurar el cuerdo filósofo y el teólogo.

Esta ha de ser su norma: no contradecir sistemáticamente las novedades científicas, sino estudiarlas á la luz de los luminosos principios de la filosofía cristiana.

Por eso es necesario á los teólogos, apologistas,

ignoran, si es que no la desprecian. Esa basta por sí sola para desvanecer las falacias que se van infiltrando en nombre de la filosofía y ocasionan tanta ruina intelectual.», *Zahm. Evolutione et dogma*, trad. del inglés al italiano por Gales, 1896, p. 222.

exégetas y filósofos un conocimiento claro de los grandes problemas planteados y á veces resueltos por la ciencia de nuestros días. Es ciertamente lastimoso ver á hombres respetables censurar á los sabios modernos por sus exageraciones y porque les invaden el campo, sin advertir que también ellos están cometiendo esas mismas faltas, pues careciendo quizá de los conocimientos más indispensables de la ciencia, no tienen á veces reparo en afrontar las cuestiones más obstrusas, sin otro resultado más que incurrir en lamentables inexactitudes, y convertirse á sí mismos en objeto de burla y menosprecio (1). Y aun es más lastimoso verlos suplir la falta de ciencia con el ridículo y la sátira, con que, pretendiendo desacreditar lo que ignoran, sólo consiguen desacreditarse á sí mismos, cuando no también á la causa que defienden. Esto ha sido muy frecuente en lo relativo á la evolución; y es lo que más ha contribuido á exacerbar los ánimos, acrecentar la confusión y agravar los daños que se siguen siempre de la intransigencia obstinada (2).

«No está permitido hoy, dice con mucha razón el ilustre autor de *La Religion en face de la Science*, en presencia de los descubrimientos modernos, el tratar jocosamente problemas tan serios y que se relacionan con

(1) El Dr. Peña, en el *Prólogo* á los *Estudios Biológicos* del ilustre agustino P. Zacarías Martínez, p. VI y VII (Madrid, 1895), dice, por una parte, que «es preciso que el error no esté mezclado con la ignorancia, como se observa frecuentemente; es necesario asimilarse los conocimientos científicos...; y por otra reconoce que «cuando el juicio no está robustecido por una sólida preparación filosófica (y, por desgracia, añade, ésta es la regla general en aquellos que se dedican al estudio de las Ciencias naturales), los pequeños triunfos producen á veces embriaguez y con ésta las más disparatadas alucinaciones...»—V. también los referidos *Estudios*, especialmente p. 152 y sigs.

(2) Como ejemplo de esas refutaciones contraproducentes, podemos citar en España *El Darwinismo en solfo*, por doña Clara Sistemores.

las más elevadas verdades dogmáticas y morales. Y sin embargo, no se hace otra cosa todos los días en folletos, periódicos y revistas, por personas que apenas conocen las primeras palabras de la cuestión y que creen resolverla con un rasgo de ingenio... Esos escritores hacen más mal de lo que se figuran á la causa que piensan defender, porque nuestros adversarios de buena fe, que los hay, atribuyen á la ciencia católica en general la impotencia y la ignorancia de tales apologistas».

«Crear que las sencillas protestas del sentido común, añade Duilhé (1), que las agradables sátiras sobre el hombre-mono y los átomos de gancho, son suficientes para remediar tanto daño, es una funesta ilusión. Para preservarse uno á sí mismo, para preservar á los demás, para iluminar las conciencias vacilantes ó pervertidas, no hay más que un medio seguro: *colocarse enfrente de los nuevos problemas y oponer á la mentira científica la verdad científica*».

«La apología de nuestra fe, dice el doctísimo Predado de Oviedo (2), no puede contentarse con las armas antiguas, propias para otro género de combates... Hay que apoderarse de los descubrimientos de la geología, de la astronomía, de la paleontología, de la biología, de la antropología, de la etnografía, de la crítica histórica, de la arqueología y de la filología, y distinguiendo sagazmente en ese cúmulo de hechos, de noticias, de descubrimientos y de leyes lo hipotético de lo científico, y lo fantástico de lo racional, purificar la ciencia y señalar sus límites para que resulte, cual no puede menos de suceder, la armonía y la conciliación de la verdad científicamente adquirida con las verdades que nos revela la fe cristiana; para que la misma ciencia, impotente en

(1) *Apología científica* p. 28.—(2) *La Creación*, t. I, p. 31 y 32.

sí misma para remontarse á demostraciones que no se hallan incluidas en sus principios, ni al alcance de sus criterios de certidumbre, se circunscriba á su propio objeto, proclame la necesidad y la utilidad de las ciencias superiores y hasta conduzca á los sabios á la indagación de los fundamentos de la fe» (1).

«Es muy sensible, escribe el P. Brucker (2), encontrar á veces, en libros escritos en defensa de la Biblia, cierto escepticismo para con la ciencia, bajo una forma que revela demasiado la ignorancia, la presunción ó la pereza, negando lo que no han podido ó no han querido aprender.—León XIII nos recomienda juntar con los estudios sagrados un conocimiento sólido de todas las ciencias en que buscan sus armas los enemigos de la Biblia. Esta recomendación, que todos los aspirantes al sagrado ministerio deben seguir más ó menos según su aptitud, es, nos atrevemos á decirlo, rigurosamente obligatoria para quien trate de contribuir, de palabra ó

(1) Otro tanto viene á decir el P. Z. Martínez en la hermosa *Introducción* á sus citados *Estudios Biológicos* (p. 4 y 5), cuando escribe que el apologista "no debe contentarse con generales consideraciones filosóficas...; este método, en otras edades legítimo, no lleva hoy á ningún resultado práctico. Peor es condenar las nuevas hipótesis científicas en nombre del dogma ó del Credo católicos; quien así proceda lucha con armas desiguales y expone la Religión á perder algo de su grandeza y dignidad. A la hora presente debe el apologista descender al detalle, estudiar la Naturaleza, recorrer museos y laboratorios, formar colecciones, medir cráneos, usar del microscopio, comprobar y aquilatar las observaciones propias y las ajenas, empleando al exponerlas los términos técnicos corrientes, si quiere librarse de las críticas materialistas...

Y aludiendo á los que desmayan ante las dificultades de ese procedimiento, había dicho poco antes (p. 3): "Hay personas que por su carácter y responsabilidad están obligadas á huir de esa general apatía, porque va en ello su salvación ó condenación ante Dios y ante la historia, según que hayan ó no cumplido con el sacerdocio que tienen en el mundo, el de enseñanza; para lo cual se necesita aprender aún á costa de vastas y áridas lecturas, de arduas comprobaciones y escabrosos análisis..."

(2) *Ob. cit.* p. 95.

por escrito, á la apología de los sagrados Libros. Los apologistas deben temer más que nada el *comprometer* la autoridad de los Libros santos, atribuyéndoles aserciones cuya falsedad pueda llegar á ser demostrada por la ciencia. Donde quiera que el sentido del texto bíblico no sea *evidente*, es preciso seguir el sabio precepto de San Agustín y Sto. Tomás, de no adherirse á una interpretación particular, de tal suerte, que no se deje reconocer la posibilidad de otra interpretación distinta».

«El teólogo y el exégeta, dice á su vez el Cardenal González (1), están en su perfecto derecho cuando exigen que la ciencia no se extralimite en las discusiones bíblico-científicas; que la hipótesis se presente como hipótesis y no como tesis demostrada; que la probabilidad no se convierta en certeza; que las afirmaciones no vayan más allá de los datos seguros; que las conclusiones no sean aventuradas y prematuras, sino que se ajusten á las premisas correspondientes. La teología y la exégesis exigen también con perfecto derecho que, al tratarse de la esencia íntima de las cosas y de las primeras causas, la ciencia reconozca su incompetencia radical, ó, en otros términos, que no puede investigarlas y conocerlas, sin salir del método puramente experimental y sin entrar en el terreno de la metafísica.

»Por su parte, el hombre de la ciencia tiene derecho á que su libertad de acción y de movimiento en el campo de las ciencias, no sea coartada ni menos condenada en nombre de la exégesis, en nombre de la interpretación más ó menos autorizada, pero no inconcusa ni fijada por autoridad competente.

»Si ciertos naturalistas, cuyos ataques y negaciones respecto de la Biblia sólo se fundan en alguna de

(1) *Lug. cit.* p. 235 y 236.

las extralimitaciones indicadas, merecen con justicia el dictado de tropas ligeras que les daba Claudius, en cambio ciertos teólogos y exégetas que, encastillándose en los moldes estrechos de una exégesis determinada, cierran sus ojos y sus oídos á las investigaciones y descubrimientos de la ciencia moderna, son más vituperables que aquellos otros teólogos á quienes aludía Melchor Cano cuando decía que sólo sabían manejar largas cañas—*arundines longas*—en sus luchas y polémicas contra el protestantismo (1).

En vista de esa confusión, de esa falta de armonía entre los naturalistas y los filósofos, en estos humildes ensayos de *Filosofía natural de los organismos vivientes*, hemos procurado armonizar los descubrimientos científicos con las verdades religiosas y filosóficas, y aplicar á la resolución de los grandes problemas de la ciencia moderna los luminosos principios de la filosofía cristiana. Así es como insensiblemente se pueden ir iniciando los hombres de ciencia en los arcanos de la Metafísica, y á la vez los filósofos y teólogos en los problemas científicos. Por eso hemos querido tocar, siquiera

(1) Sin embargo, hay muchos que tratan de justificar su poco amor á la ciencia, ponderando, ó repitiendo de coro, los cuigmas, las oscuridades, la discordancia de opiniones que aun reinan ó han reinado en ella. Así vemos á todo un señor Penitenciario de Toledo decir (*Lug. cit. Carta 11*): «*¿Qué importa toda la ciencia humana en comparación de un átomo de fe?*». «*Como si entre ésta y aquélla cupiera oposición!*» y añadir (*Cartas IV y XV*) que «*no es prudente fuera muchos de las ciencias naturales que saben tan poco*»;—y que «*en tantas materias han padecido una verdadera alucinación los hombres de ciencia!*».

Pero como observa á este propósito un sabio apologista, «*si hasta, para rechazar la ciencia, encontrar en ella puntos oscuros donde la discusión reina todavía, ¿qué derecho tenemos nosotros los exégetas, para atacar á la incredulidad teológica del naturalista? ¿Acaso lo hemos aclarado todo en nuestros dominios? El hombre no conoce la totalidad en nada; no distingue la verdad más que á través de sombras. Sería falta de ingenio no reconocerla cuando se presenta, y prueba de pusilanimidad temerla cuando se la conoce.*» Motais, *Moisé, la Science et l'Exégèse*, p. 18 y 19.

incidentalmente, las principales cuestiones que se ventilan en las ciencias biológicas, y cuyo conocimiento es más indispensable al filósofo. Nos ha parecido esto un medio muy oportuno para introducir en lo que suele llamarse ambiente filosófico-teológico el amor y la afición á aquellas ciencias, en mala hora divorciadas de las filosóficas; pues sólo asociándose de nuevo podrán resolver muchos problemas, pertenecientes á la competencia de unas y otras, y esclarecerse mutuamente, lejos de hacerse incompatibles (1).

Estos deseos y pensamientos nos han animado y dirigido, queriendo responder á tantos llamamientos del Soberano Pontífice, especialmente á los expresados en sus Encíclicas *Aeterni Patris* y *Providentissimus* (2).

Hablando de ellas, dice á nuestro propósito el Padre Zahm (3): «Con estas fulgentísimas luces de su vastísima mente, el Padre Santo muestra á los clérigos y seglares el camino que han de seguir, exhortándolos entre tanto á tomar parte activa en la lucha tan encarnizada

(1) «La filosofía y la biología, dice muy bien el biólogo I. Delage (*Struct. du protop.* p. 14) tienden á darse la mano. Los filósofos y los biólogos deben ayudarse mutuamente y facilitarse recíprocamente el acceso de su ciencia. Con eso no pueden menos de salir ganando unos y otros..»

(2) He aquí lo que entre otras cosas dice en esta última Enciclica «Plurimum sane conducet, si plures sint e sacro ordine paratores, qui hac etiam in parte pro fide dimicent et impetus hostiles propulsent, induti praecipue armatura Dei, quam suadet Apostolus neque vero ad nova hostium arma et praelia insueti. Quod pulchre in sacerdotum officis sic recenset Chrysostomus. Ingens adhibendum est studium ut *Christi verbum habet in nobis abundanter*; neque enim ad unum pugnae genus porati esse debemus, sed multiplex est bellum et varii sunt hostes; neque ídem omnes utantur armis, neque uno tantum modo nobiscum congredi moliantur. Quare opus est, ut is qui cum omnibus congressurus est, omnium machinas artesque cogitas habeat... nisi enim omnes dimicandi artes noverit, novit diabolus per unam partem, si sola negligatur, praedonibus suis immisis, oves diripere... Ipse omnia omnibus fieri debet paratus semper ad satisfactionem omni poscenti rationem de ea que in ipso est etc.»

(3) *Ob. cit.* p. 21, 22.

por todas partes, á fin de rechazar los asaltos del enemigo con los medios modernos de defensa, convirtiendo en su daño las mismas armas de una ciencia corrompida... Al leer estos preciosos documentos, se creería que el Santo Padre se fijaba en las variadísimas hipótesis materialistas, tan dañosas para la fe del vulgo, que se han adherido como parásitos á la teoría de la evolución contemporánea, de la cual se ha hecho un abuso escandaloso. Pues qué? ¿No se ha de imputar acaso á las calamitosas teorías del transformismo el que vaya creciendo sin medida el número de las almas piadosas atormentadas por las dudas? ¿Y no lo vemos todos los días que es un horror? Estos tienen aturdidos sus oídos con la vieja cantinela de que entre los principios de la fe y las doctrinas de los evolucionistas hay siempre un antagonismo mortal. Y como si fuera poco eso, andan repitiendo que no solamente hay ese implacable odio, sino que está fundado en pruebas incontrastables, en demostraciones infalibles. Y de aquí que se pregunten si no sería mejor para ser consecuentes consigo mismos y seguir los dictámenes de la razón, escoger más bien entre la evolución y la fe, entre la ciencia y la superstición, antes que andar vacilando entre la una y la otra. Y ¡cuántas veces, ¡ay! no acacee que después éstos acaban por naufragar y arrojarse de cabeza en las oscuras é inmundas fosas del naturalismo!»

El deseo de contribuir al remedio de estos males, nos ha movido á escribir esta obra haciéndonos fácil el trabajo y llevaderos los disgustos pasados, presentes y futuros. Urge desvanecer á todo trance esas prevencciones tan infundadas como perniciosas; y por nuestra parte lo deseamos con tanto más interés, cuanto más subyugados hemos estado nosotros mismos por ellas.

Perniciosas las llamamos, porque lo son en sumo grado, y, en primer lugar, para la misma ciencia. Pues vemos á naturalistas timoratos que no se atreven á realizar ciertas conquistas científicas, por miedo de que resulten favorables al transformismo, al que tan engañosamente suponen contrario á la religión. A esos les queremos decir y poner de relieve que la religión es muy amiga de la ciencia, como una verdad lo es siempre de otra verdad (1); y que lleven sin temor adelante sus conquistas, que lejos de perjudicar con eso en nada á la religión, contribuirán á esclarecerla. Son además perniciosísimas para esa otra suerte de personas de que nos habla el P. Zahm, vacilantes en la fe ó atormentadas por las dudas, que tan expuestas están á arrojarse á ciegas

(1) «La ciencia, decía Dumas (*Eloge de Faraday*) no mata la fe, ni menos aun la fe mata la ciencia.»

«Sin duda alguna, escribí en cierta ocasión el agnóstico Spencer (*De l'éducation intellectuelle, morale et physique*, 7.^a ed. p. 46 y 47) que parte de la ciencia corriente está impregnada del espíritu de irreligión; pero este espíritu no existe en la verdadera ciencia, en aquella que no se contenta con superficialidades, sino que penetra en lo profundo... Lejos de ser la ciencia irreligiosa, como tantas personas creen, lo irreligioso es el abandono de la ciencia... ¿Qué diríamos de los elogios que á un autor tributan, por la sabiduría, grandeza y hermosura de sus obras, aquellos que nunca las vieron más que por el forro, sin leerlas jamás ni tratar de comprenderlas? Pues si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, he ahí cómo la generalidad de los hombres se conducen en presencia del Universo y de su Causa. ¡Mucho peor aún! Pues no sólo pasan, sin estudiarlas, al lado de esas cosas que proclaman maravillosas, sino que censuran á los que se entregan á la observación de la naturaleza, y los acusan de entreverse en bagatelas, despreciando á los que tienen vivo interés por estas maravillas.»

En confirmación de sus palabras, aduce el autor las siguientes con que otro agnóstico, Huxley, terminó una serie de conferencias diciendo: «La verdadera ciencia y la verdadera religión son dos hermanas gemelas, que no es posible separarlas sin causar la muerte de una y otra. La ciencia prospera á medida que es religiosa, y la religión florece á proporción de la profundidad y solidez científica de su base. Las grandes obras realizadas por los filósofos no tanto han sido fruto de su inteligencia, como de la dirección imprimida á esa inteligencia por un espíritu eminentemente religioso.»

en brazos de la incredulidad; y aun para las sinceramente piadosas que, con esos pretendidos conflictos, se alarman y se entristecen y cobran horror á la ciencia, dando con esto mucho gusto, cuando no armas, á los enemigos. Pero lo más lamentable es ver cómo de día en día va creciendo el número de esos sabios á medias ó de salón y católicos á la moda, que no tienen ningún reparo en abandonar la fe desde el momento en que les parezca en oposición con lo que ellos llaman *ciencia*. Y como en este punto se han figurado que había esa oposición, sólo por no conocer á fondo ni lo que es fe ni lo que es ciencia, están en sumo peligro de perder aquélla, la cual una vez perdida, es difícil recobrarla. Y así es como tantos van teniendo la desgracia de abandonarla, para pasar descaradamente al bando de la nueva *ciencia*, que así llaman muy formales á lo que en realidad no es otra cosa más que un conjunto de delirios, de teorías descabelladas de cualquier degradado materialista.

Esto llena el corazón de tristeza; pues de esa manera se pierden un número increíble de almas, en cuya pérdida piensan muy poco los que son responsables de ella, conviene á saber, aquellos imprudentes é ignorantes que fomentan esa prevención, que ocasionan ese engaño, metiéndose á apologistas de las doctrinas tradicionales, sin saber lo que impugnan ni lo que defienden: *Volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quæ loquantur, neque de quibus affirmant*» (1).

(1) *I Ad Timoth.*, I. 7.

«Ante tan triste cuadro, escribe oportunamente el Reverendísimo P. Vigili (*Luz. cit.*, p. 29), incámbe al apologista cristiano, celoso de su fe y de la salvación de las almas, el deber de apoderarse de las ciencias naturales, de estudiar sus fuentes, conocer sus legítimas conquistas, buscar soluciones racionales á los múltiples problemas que hoy se disentan, profesar grande estimación hacia esos conocimientos, y destruir el monopolio de certidumbre experimental á que aspiran los positivistas.»

Esto es lo que amargamente lamentaba ya San Agustín, cuando escribía (1):

«Sucede con frecuencia que en lo que se refiere al cielo, á la tierra y sus diversos elementos, al movimiento de los astros, á los eclipses, al curso de las estaciones, á la naturaleza de los animales, plantas y piedras, adquiere un incrédulo por la experiencia ó por el raciocinio, conocimientos muy exactos. Es sumamente denigrante y pernicioso, y ha de evitarse á toda costa, que un cristiano, presumiendo hablar de estas cosas conforme á las sagradas letras, diga tales desatinos delante de un infiel, que éste, viéndole desbarrar sin límite ni freno, apenas puede contener la risa. Y no es de gran transcendencia que sea objeto de burlas un hombre porque yerra; lo gravísimo es que los infieles piensen que nuestros autores sagrados dijeron tales necesidades, y que los acusen de ignorantes y los desprecien, con gran detrimento de aquellos cuya salvación nos preocupa. Porque, al ver que un cristiano yerra en cosas de ellos conocidísimas, y que hace á nuestros libros responsables de sus fantasmagorías, ¿cómo han de asentir á las enseñanzas

*Dada esta situación, añadiremos ahora con el P. Pesch, es un hecho sobremano consolador, que en los últimos años, á pesar de la contradicción de los tiempos, la sabiduría cristiana ha seguido con redoblada atención el curso de las ciencias naturales. Hombres verdadera y sinceramente cristianos figuran entre los que cultivan estas ciencias, como estrellas de primera magnitud; obras sobremano notables salen á luz con el carácter y la ley que reciben del espíritu cristiano. En particular ha sido objeto de muchos y muy fecundos estudios la situación de dichas ciencias en orden á las narraciones bíblicas. En esferas mucho más extensas ahora que antes, se inquieren y conocen los resultados positivos de las investigaciones científico-naturales; así se ha disminuido considerablemente el número de aquellas almas positísimas que se dejaban imponer por el ruidoso aparato y la afectada seguridad de una ciencia enemiga de Dios; y no pocas veces la indignación contra el abuso, que clama al cielo, del nombre de ciencia ha sucedido al temor de las almas intimidadas por los que le toman en vano. T. Pesch, *Les Grandes Arcanes*, t. I, p. 5.

(1) *De Genesi ad litt.* lib. 1, cap. 19.

de esos libros sobre la resurrección de los muertos, la esperanza de la vida eterna y el reino de los cielos, cuando se les figura que están plagados de errores en materias que ellos pudieron experimentar ó conocer de una manera indubitable? Cuánto molestan y entristecen á los prudentes hermanos esos temerarios presuntuosos, no es decir; como quiera que si alguna vez comienzan á argüirlos y convencerlos de su falsa opinión los que no están obligados á admitir la autoridad de nuestros libros, para defender lo que con ligerísima temeridad y con falsedad evidéntísima afirmaron, se esfuerzan por presentar, en prueba de ello, los mismos Libros santos, ó bien dicen de memoria muchas palabras que les parecen oportunas, no entendiendo ni lo que hablan ni aún de qué se trata».

«¿Qué diría ahora S. Agustín, pregunta el P. Valroger (1), si viera á ciertos cristianos oponer á los descubrimientos científicos bien establecidos, opiniones mal fundadas sobre textos de la Escritura, ó sobre la tradición?»

Y sobre las mismas palabras del Águila de los Doctores, añade oportunamente el P. Zeferino (2):

«Es de notar, que en esta materia los teólogos pecan acaso con tanta frecuencia y son menos excusables que los naturalistas, porque, dada la naturaleza de sus estudios, debieran no perder de vista las enseñanzas y máximas de los Padres y Doctores de la Iglesia acerca de la reserva y precauciones con que se debe proceder cuando se trata de cuestiones libres y de investigaciones que tocan á la vez á las ciencias naturales y á la Biblia. Los cultivadores de las ciencias físicas y naturales, aun

(1) *La Genèse des espéces*, Paris 1873, p. 28.

(2) *Lug. cit.* p. 225 y sig.

aquellos que proceden de buena fe y sin preveniciones contra la Religión, se vieron más de una vez, y aun hoy no sería difícil que se repitiera el caso, en presencia de teólogos que, inspirados por manuales de teología y de exégesis calcados en los antiguos moldes, y considerando á éstos como la última palabra de la ciencia, rechazaban *a priori* determinados descubrimientos, datos y conclusiones de las ciencias físicas y naturales, sin más razón ni prueba que la pretendida oposición de aquéllos á la interpretación más ó menos autorizada, pero no cierta, ni menos dogmática é infalible, de algún texto de la Biblia. Semejante conducta está en contradicción, no ya sólo con los consejos y máximas de los Padres y de los teólogos más autorizados, sino hasta con la parsimonia y circunspección que observamos en la misma Biblia, cuando se tocan en ella problemas, pertenecientes á las ciencias humanas, cuya solución Dios dejó libre á las investigaciones del hombre, como entregó el mundo á sus disputas. Pero el inconveniente más grave que consigo lleva la conducta de los teólogos y exégetas aludidos, es el peligro de alejar más y más de la fe y religión cristiana á los hombres de ciencia, como es natural y lógico que suceda, según la observación de San Agustín y Santo Tomás, cuando en nombre de la Biblia se rechazan y condenan datos y conclusiones de indiscutible verdad, siendo causa, ú ocasión al menos, de que sabios, amantes sinceros de la verdad, miren, si no con menosprecio, con recelo y desconfianza las enseñanzas bíblicas.

Este desacierto en ninguna otra parte ha sido tan frecuente ni tan desastroso como en lo tocante á las teorías evolucionistas. Por eso, para remediar estos males, para deshacer un engaño tan funesto, para desvanecer

aquí esos pretendidos conflictos, origen de tanto escándalo, es preciso ante todo tener ideas muy claras de lo que es y de lo que enseña la evolución como teoría verdaderamente científica, para distinguirlo bien de lo que no es otra cosa más que dogmatismo sectario; y por otra parte, de lo que enseña la fe con respecto á la cuestión, para distinguirlo también de lo que no pasa de una simple opinión privada, ó quizá de un prejuicio vulgar. Disipada así la confusión, aclaradas las ideas, basta un poco de buena voluntad para ver que, entre la verdad científica y la verdad religiosa, la armonía se establece por sí sola.

§ V. El evolucionismo y la apologética.—Prestigio de la evolución.—Los apologistas tímidos y los prudentes: aplausos y odios de los incrédulos.—Los abusos y su valor.—El proceder más acertado.—Presunciones favorables: preveniciones.

Descendiendo ahora á tratar de las teorías evolucionistas, que son las dominantes y características de nuestra época, veamos cuáles son sus relaciones con la apologética y con la filosofía cristiana.

¿Qué deben hacer los filósofos creyentes, y en especial los que se precian de fieles discípulos del Angélico Doctor, en presencia de las nuevas y seductoras teorías comprendidas bajo la palabra *evolución*? La respuesta, después de lo dicho en los precedentes párrafos es bien fácil. Lo que Santo Tomás con la filosofía peripatética, dominante en su siglo, eso mismo debemos hacer con la evolución, que es la gran filosofía, ó, si se